

# **DICURSO EN EL 50 ANIVERSARIO DE LA UCA**

**Por Román Mayorga**

**San Salvador, El Salvador, 5 de noviembre de 2015**

Es un honor muy grande para mí haber sido invitado a participar en este homenaje conmemorativo del 50 aniversario de fundación de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) y agradezco por ello a los dirigentes de esta institución; muy especialmente a su rector, Dr. Andreu Oliva S.J.

Los aniversarios de medio siglo son época propicia para reflexionar con amplia perspectiva sobre el pasado y el futuro de aquello cuya fundación se conmemora; en nuestro caso, esta querida universidad. Y la llamo querida no como una fórmula de cortesía sino porque es realmente para mí y será siempre algo importante en mis afectos, como parte fundamental que ha sido de mi vida.

En efecto, estuve presente en el acto de su inauguración, en el Teatro Darío de San Salvador, en 1965; fui miembro del pequeño grupo de profesores que impartimos sus primeras clases y continué en su docencia, ininterrumpidamente, durante los 14 años siguientes; participé en el esfuerzo de obtención de recursos al final de la década de los años 60; coordiné el planeamiento de su desarrollo y su primera fase de construcción en los años 70; colaboré con las primeras experiencias de investigación y proyección social; escribí un libro sobre lo que debería ser la institución y fui su rector por varios años, en uno de los períodos más convulsos de la historia salvadoreña, los años de gestación de la guerra civil. Renuncié al rectorado en octubre de 1979 porque otros compromisos con el país me obligaron a hacerlo. Pero continué vinculado estrechamente con sus dirigentes hasta aquella madrugada fatal de noviembre de 1989 en que asesinaron a los mártires de la UCA. Es decir; tuve una intensa asociación con esta universidad en sus primeros 25 años, pero la relación ha sido sólo ocasional en los siguientes 25.

Por lo anterior, creo poder hablarles del pasado de esta institución, especialmente de su primer cuarto de siglo, con la intención de reforzar algo su memoria histórica, ahora que las nuevas generaciones de jóvenes quizás no estén muy conscientes del lejano acontecer de su universidad. La memoria histórica es esencial para la identidad de las instituciones - como lo es también para los individuos, los países y todos los conglomerados humanos -. Es necesaria para reconocer esa identidad y poder actuar desde ella, pues quien no recuerda nada de su pasado, no sabe quien es, de donde viene, ni para donde va. Por ello, en primer lugar, acepté este compromiso de hablarles en esta conmemoración, para contribuir a hacer presente lo vivido y robustecer esa memoria. El método que elegí para esto fue el de concentrarme en algunos hitos históricos, o hechos de ese pasado que me parecen especialmente importantes, ya que no es posible en esta ocasión hacer un recuento exhaustivo de lo ocurrido en tantos años.

Hay otra razón que me ha llevado a hablarles en este día: compartir con ustedes algo de lo que en mi opinión debería hacerse en el futuro, por si ello pudiese servir a alguien como orientación. Después de salir de la UCA tuve la oportunidad de trabajar con universidades de otros países, como docente e investigador en México y en Venezuela, y con decenas de entidades, en casi toda nuestra América, como colaborador de su

planeamiento. Esto se debe a que por muchos años trabajé en un organismo internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), como jefe de su sección de educación, ciencia y tecnología; y en esa capacidad tuve que reflexionar sobre los grandes retos que presentaba el siglo XXI a la universidad latinoamericana.

Ahora, tengo además bastantes canas para intentar el logro de visiones de largo plazo, miradas de 50 años hacia atrás ciertamente y tal vez 50 para adelante. Justamente eso, tan ambicioso, es lo que me propongo expresarles en esta ocasión, miradas de un siglo. Sin embargo, lo hago con humildad, sin pretender en absoluto ser dueño de la verdad, ni tratar de criticar, subestimar o imponerle nada a nadie. Definido lo que quisiera hacer y por qué, me pongo a la tarea de hablarles de 5 hitos históricos de la UCA y luego de varios desafíos para el futuro, haciendo uso libremente de anteriores publicaciones mías.

## **I. Cinco hitos históricos de la UCA**

### ***I.1 La fundación de la universidad***

El primer hito del que quiero hablarles es, naturalmente, la misma fundación de la universidad. Dicha fundación surgió de la confluencia del interés de un grupo de padres de familia de colegios católicos de San Salvador y la experiencia de la Compañía de Jesús en el establecimiento y dirección de universidades en numerosos lugares del mundo.

Dichos padres de familia se acercaron tanto al Gobierno como a los obispos del país y a los jesuitas con la intención de promover el establecimiento de una segunda universidad, como alternativa para la formación profesional de sus hijos a la proporcionada por la única entonces existente, la Universidad de El Salvador, estatal, autónoma, a la que veían de dudosa calidad en su oferta educativa y progresivamente dominada por marxistas.

La universidad que tales personas concebían, tal como esa concepción se manifestó en un proyecto de ley elaborado a su encargo, era una universidad completamente privada, con capital por acciones, y orientada a satisfacer las demandas de educación profesionalizante de las clases altas y medio altas del país, a las que los referidos colegios católicos habían predominantemente servido en la educación secundaria. No se mencionó entonces ninguna preocupación social, ni se cuestionó cómo tendrían acceso a esa institución sectores de la población de bajos o medianos ingresos.

Naturalmente, la Universidad de El Salvador y los sectores de izquierda del país se opusieron a esa iniciativa, y no sólo por la crítica a la universidad estatal que estaba en la base de la idea - y la pérdida de su monopolio - sino porque pensaban que la universidad privada propuesta sería un refuerzo más de un sistema educativo de estructura piramidal, con base muy amplia, cúspide muy estrecha y numerosos filtros selectivos, que reflejaba y contribuía a reproducir una sociedad rígidamente dividida en clases.

La obsesión anticomunista, y la intensa preocupación de la élite salvadoreña en torno a la orientación ideológica de la universidad estatal adquirió un especial relieve nacional en un debate por televisión entre el entonces rector de la Universidad de El Salvador y el ministro del Interior del Gobierno sobre un viaje del primero a la Unión Soviética en el

que había negociado la venida de profesores de ese país. La atención pública fue de tal manera atraída por ese debate que quizás eso influyó en el hecho de que, posteriormente, ambas personas fueron candidatos presidenciales en las elecciones de 1967.

La idea de los padres de familia de colegios católicos no progresó en sus términos iniciales, pero la Compañía de Jesús, que venía considerando por varios años establecer una universidad en El Salvador, acogió una variante de esa idea, que se diferenciaba de la primera en por lo menos dos aspectos importantes.

Por una parte, la institución sería una entidad no lucrativa, organizada conforme a los principios legales de la “corporación de utilidad pública” salvadoreña, la cual, sin ser estatal, no tiene algunas de las características importante de una institución privada. Por ejemplo, en ese tipo de corporación, que es establecida por el poder público y sus estatutos son emitidos por el mismo, no se pueden identificar propietarios individuales, ni repartir utilidades sobre el capital, ni transferir el patrimonio mediante herencia o venta. Cualquier ganancia, si la hubiere, sólo puede ser reinvertida en la misma institución para el logro de sus fines.

Por otra parte, la universidad se orientaría al objetivo del “desarrollo económico y social”, concepto en el que había ya una percepción un tanto desenfanzada de las grandes injusticias a que están sujetos los pueblos centroamericanos. Los creadores intelectuales de la universidad eligieron para la institución el nombre y el símbolo de José Simeón Cañas, propugnador de la libertad de los esclavos, en el contexto de la renovada preocupación de la iglesia católica en materia social, que se estaba gestando en torno al Concilio Vaticano II.

Con apoyo del gobierno de entonces y del Partido Demócrata Cristiano, la Asamblea Legislativa aprobó en marzo de 1965 la ley que daría posibilidad de existencia a la UCA; se elaboraron y aprobaron sus estatutos; se nombró la primera Junta de Directores, (todos jesuitas); se determinaron las primeras carreras, (ciencias económicas e ingenierías en áreas industriales; es decir, eléctrica, mecánica y química); y se inauguró la universidad en septiembre de ese año. Casi inmediatamente se matricularon 357 estudiantes para iniciar sus estudios a principios de 1966, de los cuales 70 % eran varones, aunque en la Universidad de El Salvador llamaron a la UCA “la femenina” en su etapa inicial.

## ***1.2 La adquisición de la base material de la UCA***

Los primeros alumnos de la universidad confiaron en que la Compañía de Jesús sabría sacar adelante una institución que comenzaba prácticamente sin recursos. No tenía instalaciones propias; inicialmente operó en un local alquilado de un antiguo colegio de religiosos, el don Rúa, de San Salvador, y luego de manera simultánea con el Colegio Externado de San José, de los jesuitas, en las instalaciones de éste. Tenía la incipiente universidad poquísimos personal, fuera de un pequeño núcleo de sacerdotes y de profesores seglares de tiempo parcial, frecuentemente ex alumnos del Externado, quienes a menudo no cobraban honorarios o los devolvían a la universidad. Los recursos financieros eran muy escasos y provenientes casi completamente de las cuotas de estudio que pagaban los estudiantes.

Es fácil ahora dar por supuesto las instalaciones del campus y todo aquello con lo que actualmente cuenta la UCA, subestimando la tarea de construirla hace 45 o 50 años. Establecida la universidad, pero no asegurada su supervivencia, los esfuerzos de los jesuitas fundadores, como los PP. José María Gondra, Joaquín López y López, Florentino Idoate y Luis Achaerandio, se volcaron a conseguir los fondos necesarios para adquirir un terreno de unas 20 manzanas, (14 hectáreas), donde habría de ubicarse permanentemente y donde se encuentra en la actualidad. Para ello se organizó una campaña de recolección, llevada a cabo de puerta en puerta, cuyos donantes fueron casi en su totalidad familias pudientes salvadoreñas. Sin embargo, no se incurrió en ningún compromiso ideológico explícito con ellas, ni se permitió su ingerencia en el cuerpo directivo de la institución.

El terreno adquirido, hacia finales de los años 60, era en esa época una finca de café; se construyeron entonces dos pequeños edificios multiusos para instalar a la universidad y permitirle operar independientemente, aunque fuera en condiciones muy precarias. Había que urbanizar el terreno, construir y equipar las instalaciones esenciales, contratar a personal de tiempo completo y definir numerosos otros aspectos de diversa índole.

Por ejemplo, se definió entonces que la universidad debería llegar a tener unos 10.000 estudiantes: muchos más que ese límite podrían hacerla poco gobernable y mucho menos reduciría innecesariamente su impacto. También muy temprano se presentaron cuestiones organizativas básicas, como si los recursos de la universidad se agruparían por unidades de conocimiento por disciplina, como son los departamentos académicos multifuncionales de docencia, investigación y proyección social, o por unidades funcionales pero multidisciplinarias, como las facultades y los institutos. Es ésta una cuestión compleja que sería demasiado largo tratar aquí, pero la universidad optó por una estructura matricial mixta de base departamental, que entiendo perdura hasta la fecha.

Ello tenía a su vez implicaciones para la estructura física. Obsérvese, en tal sentido, que la UCA no está separada en edificios por facultades, a veces en distintos *campi*, o incluso en diferentes ciudades, como es el caso de otras universidades; aquí hay edificios de aulas, cubículos de profesores, laboratorios, biblioteca, cafetería y otras instalaciones que usan los profesores y estudiantes de todas las disciplinas, lo cual se derivó de un plan arquitectónico deliberado y congruente con los conceptos organizativos adoptados.

También fue necesario preparar un plan general de desarrollo, con base en el cual se pudieran obtener los recursos financieros de largo plazo que eran imprescindibles para dejar de ser lo que en efecto era entonces la institución, una simple prolongación de escuelas secundarias. Después de varios sondeos con entidades financieras nacionales e internacionales, solamente el BID se mostró interesado en colaborar, y asesoró técnicamente en la elaboración de dicho plan, así como en la preparación de la solicitud de crédito al mismo Banco que finalmente se concretó a finales de 1970, permitiendo realizar desde entonces la primera fase de desarrollo de la institución que, en efecto, le dio a la UCA su base material, sin la cual sería ahora otra cosa, pero no lo que es.

### *1.3 La crisis ideológica interna*

Cuando las personas y las instituciones se ven obligadas por sus circunstancias a una lucha muy elemental por su existencia, esa es una tarea que absorbe casi todas sus energías. Así fue, en buena medida, la vida de la universidad en sus primeros tiempos. Parecía circunscribirse a la cuestión de ser o no ser, en su sentido más elemental, sin preocuparse mucho por el rumbo preciso que tomaba en esa lucha. Sin embargo, a medida en que crecía la confianza en que la UCA subsistiría aumentaba también la inquietud por definir mejor para qué existía.

Hacia 1970 se inició una controversia interna en torno a la orientación ideológica de la UCA, que originaron por lo menos tres factores. En primer lugar, en ese año se logró la certeza de que la universidad contaría con suficientes recursos para su desarrollo, asegurados por un préstamo internacional. Eso, evidentemente, generó un sentimiento de alivio de las preocupaciones básicas iniciales a la vez que los primeros cuestionamientos internos del sentido que tendría ese desarrollo. Una preocupación fundamental era, ya entonces, la composición social del alumnado de la UCA, muy superior en términos de ingresos económicos al del promedio en la universidad pública, y la exclusiva concentración de la nueva universidad en la actividad docente, sin que hubiese prácticamente ninguna investigación, ni extensión. La implicación de todo ello parecía ser que la UCA estaba al servicio de solamente las clases que tenía acceso directo a ella.

En segundo lugar, las circunstancias del país estaban cambiando, de un optimismo desarrollista propio de los años 60 hacia negros nubarrones en un cielo encapotado que presagiaba tempestades en la década siguiente. Quizás uno de los primeros signos de ese cambio fue el conflicto bélico con Honduras - la llamada "guerra del futbol" - a mediados del año 1969, con el correspondiente desmantelamiento del Mercado Común Centroamericano, tan importante para favorecer y posibilitar el incipiente crecimiento industrial salvadoreño, así como la abierta discusión de las causas del conflicto, incluyendo la falta de tierras de los agricultores que emigraron al vecino país y la necesidad de realizar en El Salvador una reforma agraria. Poco a poco los nubarrones se fueron convirtiendo en grandes tempestades, especialmente después del fraude en las elecciones de febrero de 1972, que dio fin a un período de relativa apertura democrática de la larga dictadura militar desde 1931, e inició un período de creación y crecimiento de movimientos guerrilleros, así como de frentes de masas asociados a ellos.

En tercer lugar, estaba cambiando la generación dirigente de la UCA, como resultado de la llegada al país e incorporación a las labores de la universidad de jesuitas más jóvenes que los que la habían fundado, y la creciente contratación a tiempo completo de profesores seculares (casi todos hombres) críticos de la orientación inicial de la nueva universidad. Todos ellos, como Ignacio Ellacuría, Luis de Sebastián, Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Francisco Javier Ibisate, Amando López, Jon Cortina, Jon Sobrino, Nicolás Mariscal, Guillermo Manuel Ungo, Ítalo López Vallecillos, Eduardo Stein, Axel Soderberg, Héctor Dada Hirezi, José Jorge Simán, Héctor Oquelí Colindres y Fernando Valero Iglesias, entre otros, participaron en el debate ideológico de la primera parte de los años 70 y favorecieron la realización de las primeras actividades de investigación y proyección social de la universidad. Por ejemplo, tanto el conflicto con Honduras como la

necesidad de una reforma agraria, y los hechos masivos de una huelga magisterial en todo el país y lo acontecido en el año político de 1972, dieron lugar a los primeros intentos de la UCA por estudiar seria e interdisciplinariamente los problemas de nuestro país. La revista Estudios Centro Americanos (ECA), por largo tiempo publicada por la Compañía de Jesús, pasó a ser revista de extensión de la UCA y a servir de vehículo de transmisión de influencias de la universidad en la sociedad.

Cuando llegó, en 1975, el décimo aniversario de la fundación de la UCA, estaba prácticamente completo el relevo tranquilo de su dirigencia inicial y definidos los rasgos básicos de su identidad universitaria, que fueron dados a conocer al gran público en muchas ocasiones, mediante foros, discursos, libros, artículos e intervenciones por los medios de comunicación.

Tratando de sintetizar esos rasgos, sin extenderme en un asunto que había sido largo y controversial, diré sólo tres cosas. Primero, que la universidad tenía una clara inspiración cristiana, entendida no de manera ritualista sino como seguimiento de Jesús de Nazaret, de manera bastante congruente con los postulados de la Teología de la Liberación, muy influyente entonces en el pensamiento de cristianos progresistas de América Latina.

Segundo, que esa inspiración la obligaba a buscar su sentido fuera de sí misma y de sus propios estamentos, incluyendo al estudiantado; en las circunstancias históricas salvadoreñas toda la universidad debería orientarse hacia el cambio social más que al desarrollo económico o al exclusivo servicio de quienes podían servirse directamente de ella. Desde entonces se incorporó el lema de “universidad para el cambio social”.

Tercero, que su servicio debería prestarse estrictamente dentro de las funciones propias de una entidad universitaria, que eran la investigación, la docencia y la proyección social, las cuales fueron definidas y ejemplarizadas con bastante detalle y excluían el activismo e intención de lograr el poder de un partido político, así como la ausencia de preocupaciones por la polis que eran comunes a muchas escuelas. En la base de esas funciones estaba la búsqueda de la verdad, una verdad que no sólo se encontraba sino también se hacía, con excelencia en el saber; es decir, la labor universitaria pasaba necesariamente por el conocimiento, manifestado con rigor en todas sus funciones.

#### ***1.4 La primera Junta Revolucionaria de Gobierno de 1979***

Si bien el establecimiento de la primera Junta Revolucionaria de Gobierno es un hecho histórico de El Salvador, también fue un hito para la UCA por la importancia de su participación indirecta en los sucesos que condujeron a ese hecho y en el mismo gobierno de la Junta, así como por los efectos posteriores para la misma universidad.

La UCA se comportó en los turbulentos años previos a la guerra civil salvadoreña, especialmente en los años posteriores a 1975, de la manera como había anunciado en sus numerosas publicaciones, y llegó a adquirir una influencia considerable en la vida pública del país. No es el caso relatar aquí la gran cantidad de actividades que se cumplieron en esos años, además de las docentes, las de la ECA y otras revistas universitarias. De manera genérica puede mencionarse la multitud de investigaciones que se hicieron y

publicaron en esos años, los libros de su casa editorial - UCA Editores - las opiniones emitidas por medio de la prensa escrita y la radio, los cursos de extensión, las exhibiciones de pintura, coro, teatro, deportes, cine fórums, recitales, foros, congresos, debates, asesorías y el servicio social obligatorio de los estudiantes como requisito de graduación, que significó millones de horas de servicio gratuito de la universidad al país. También colaboramos en esa época con el arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, a quien teníamos un respeto reverencial, y un afecto profundo y duradero, prácticamente todos los que trabajábamos entonces en la UCA.

No obstante todo ese trabajo de servicio, y tal vez por el impacto de ello mismo, estos años fueron de continuos ataques a la universidad, de insultos por los medios de comunicación, de amenazas abiertas y anónimas, de bombas que con frecuencia explotaban en el campus destrozando algunas instalaciones y equipos, particularmente los de la imprenta, el centro de cómputo y la administración central. Pero en esa época los ataques no llegaban al asesinato, como sí lo hicieron después.

Internamente, se logró cambiar mucho la composición social del estudiantado mediante un sistema de cuotas diferenciadas que permitió ingresar a la universidad a numerosos jóvenes de escasos recursos y se estableció un escalafón para el personal que además de pretender mucha justicia distributiva interna logró retener a prácticamente todos los buenos profesores seculares que ingresaron a trabajar en la UCA a tiempo completo.

Un estudio que nunca se publicó, porque los acontecimientos del país se precipitaran antes de que se decidiera cómo y cuándo publicarlo, fue un librito de pastas amarillas provisionales cuyo título era “Una salida democrática a la crisis salvadoreña”, preparado en septiembre de 1979 por un grupo de profesores de la UCA. El país estaba entonces en un tremendo atolladero de violencia y confusión, muy próximo a iniciarse una gran conflagración sangrienta. La UCA no deseaba aquello sino un rápido proceso de democratización que a la vez sentara las bases de profundas reformas estructurales necesarias para una vida más digna de todos los salvadoreños. En cierta forma serviría ese documento como posición de la universidad en un “Foro Popular” al que se la había convocado, como alternativa a las fallidas negociaciones del gobierno del general Carlos Humberto Romero para estabilizar políticamente al país.

La “Juventud Militar” de la Fuerza Armada decidió dar un golpe de estado el 15 de octubre de 1979 e invitar a formar parte de la subsecuente junta de gobierno y su gabinete a muchos de los miembros de la UCA, incluyendo a quien les habla y al director de su Instituto de Investigaciones, Guillermo Manuel Ungo. Provinieron de la universidad numerosos ministros y subsecretarios, y otros de sus profesores ocuparon diversos cargos en los órganos del Estado y las instituciones autónomas. El intento de evitar la guerra civil mediante la radical democratización del país y reformas estructurales profundas fracasó, en mi opinión por dos motivos fundamentales.

En primer lugar fue un intento tardío, cuando las circunstancias de El Salvador estaban ya excesivamente radicalizadas entre dos polos armados y las posiciones de los polos habían sido adicionalmente rigidizadas por lo acontecido en Nicaragua en julio de 1979. En segundo lugar, al instalarse la Junta Revolucionaria los puestos militares principales

habían sido ya ocupados por coroneles realmente contrarios a la Proclama de la Fuerza Armada emitida por los jóvenes militares - tenientes, capitanes y mayores - con base en la cual la gente de la UCA había aceptado participar en el intento.

Los miembros civiles de ese gobierno renunciaron en enero de 1980, por conflicto irremediable con los militares al mando de los cuarteles, quienes rehusaron someter su poder al mando de la Junta y dejar en manos de la misma la dirección del proceso. Poco después de esa renuncia fue asesinado Monseñor Romero y se propagó en el país la violencia en gran escala, haciendo evidente que había comenzado la guerra civil. Una consecuencia importante de este episodio para la UCA fue que perdió en ese intento una alta proporción de los seglares de más alto rango que trabajaban en la misma.

### *1.5 El asesinato de los mártires de la UCA*

Desde el año 1980 hasta la muerte de los jesuitas asesinados en 1989, ellos se volcaron a mantener funcionando la UCA tan normalmente como era posible en medio de una guerra civil, a la vez que buscaban afanosamente una salida negociada al conflicto. Una somera lectura de ECA en esos años demuestra cuánto se preocuparon estos hombres por el horror de esa situación y propusieron ideas para una negociación fructífera.

También se mantenían realizando diversas gestiones tendientes a lograr una paz negociada, pues muy pronto se convencieron de que nadie ganaría bélicamente la confrontación y el intento de ambos lados sólo prolongaba el derramamiento de sangre y la agonía del país. Promovieron diversos enfoques, desde la negociación directa entre las partes en conflicto hasta la creación de una fuerza en la sociedad civil que políticamente les presionara para buscar y aceptar soluciones distintas a la militar.

Cuando aparentemente estaba avanzando la idea de llegar al término del conflicto por la vía negociada, y el rector, Ignacio Ellacuría, había logrado establecerse como un mediador informal pero directo entre el presidente de la República y los comandantes guerrilleros, relacionándose también con gobiernos y fuerzas internacionales favorables, surgió la gran ofensiva sobre San Salvador del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y la decisión del alto mando militar salvadoreño de eliminar físicamente al rector “sin dejar testigos”, lo cual hicieron en la madrugada del 16 de noviembre de 1989, matando además a otros cinco jesuitas que se encontraban en la comunidad de la UCA y dos mujeres, Alba, empleada de esa comunidad, y Celina, su hija adolescente, quienes se quedaron esa noche ahí porque creyeron que era un lugar seguro.

Algunos piensan que la motivación de la masacre fue la oposición del Estado Mayor de la Fuerza Armada a la posibilidad de terminar la guerra mediante negociaciones. Otros piensan que los militares realmente creyeron que los jesuitas eran guerrilleros disimulados, y que ellos habían ideado la ofensiva. Otros dicen que se trató simplemente de un acto irracional surgido del odio visceral de los militares a los críticos del status quo. Es difícil entender mentes tan obtusas como las de esos señores que planearon y ordenaron el asesinato, o dilucidar sus motivaciones, entre otras cosas porque hasta la fecha no han sido cuestionados ni declarado ante un juzgado serio por ese crimen.

Hay también zonas oscuras del caso que no han sido esclarecidas. Pienso que los deudos de las víctimas, entre los cuales me incluyo, tenemos derecho a conocer toda la verdad, sin ocultar nada ni proteger a nadie. Y los ciudadanos salvadoreños tenemos también derecho a exigir que crímenes como ese no se vuelvan a repetir, para lo cual es necesario que el caso de los jesuitas no quede en total impunidad.

Es paradójico que el asesinato de estos hermanos fue un factor que contribuyó a presionar a las fuerzas contrarias a las negociaciones de paz, debido al clamor mundial que desató en ese sentido. Las negociaciones se realizaron y concluyeron exitosamente con el Acuerdo de Chapultepec poco más de dos años después, en enero de 1992. Sin embargo, el golpe de ese hito para la UCA - que había perdido ya un contingente grande de seglares años atrás - fue terrible, pues prácticamente descabezó y dejó muy debilitada a la institución. Después de eso, rindo un testimonio de reconocimiento y gratitud a todas las personas, jesuitas y seglares, que mantuvieron viva a la institución y conservaron hasta ahora su prestigio como una de las mejores universidades de Centroamérica.

Es sabido que muchos pensábamos que Ignacio Martín Baró, uno de los mártires de la UCA, era una persona idónea para convertirse en el siguiente rector después de que Ellacuría dejara de serlo. Algunos años antes de su muerte, Nacho (como le llamábamos todos) llegó a la ciudad donde yo vivía y se hospedó en mi casa. Conversamos de muchas cosas y, especialmente, de lo que faltaba hacer en nuestra universidad después de la guerra civil y la concentración casi exclusiva que la misma generaba entonces.

Le recomendé dos cosas que sintetizan mucho de lo que pienso y pronto voy a decirles con más detenimiento. Por una parte, la UCA debería convertirse gradualmente en una universidad de post grado más que de grados universitarios básicos. Lo importante de esto no era simplemente ofrecer post grados sino todo lo que implica hacerlo con seriedad. El post grado, bien realizado, es el lugar donde se combinan con excelencia todas las funciones universitarias, es lo que jala hacia arriba la calidad de ellas e impacta con más fuerza y profundidad al entorno externo a la institución. Por algo las mejores universidades del mundo son de post grado principalmente.

Por otra parte, la UCA, le dije, debería fortalecerse mucho más en las ciencias básicas, como la biología, la química, la física y la matemáticas, así como en todas las ingenierías, exceptuando las militares. Simplemente vivimos en una era tecnológica basada en el conocimiento científico, con innovaciones constantes en todos los ámbitos de la vida. Las universidades son las principales depositarias y acrecentadoras de ese conocimiento, y la necesidad mencionada es particularmente aguda en El Salvador por la gran debilidad del país en ciencia y tecnología. Ello no es culpa, desde luego, de la UCA, pero no conozco otra institución más capaz de ayudarle al país a salir de esa postración.

Dedicaré el resto de esta presentación a reseñar una visión de los desafíos del futuro. Lo haré de manera general para la universidad latinoamericana, si bien sé que cada caso es distinto y las generalidades como estas deben adaptarse a las especificidades de cada una. Notarán algunas continuidades con las preocupaciones del pasado de esta universidad, aunque también acentos distintos, porque el presente no es el mismo de hace 25 o 50 años y el futuro será aún más diferente. Quienes creemos en la historicidad de las funciones

universitarias no debemos quedarnos fijos e inmóviles en etapas pasadas sino tomarlas como referencia para impulsarnos y afrontar las que vienen.

## **II. Los desafíos del futuro**

### ***II.1 El reto de ayudar a construir una sociedad justa basada en el conocimiento***

Posiblemente, el desafío más englobante que habrán de experimentar nuestras universidades en el siglo XXI es el de contribuir significativamente a construir una sociedad justa basada en el conocimiento.

América Latina ha sido un laboratorio de teorías y experiencias desde el final de la segunda guerra mundial. Los decenios de crecimiento y sustitución de importaciones de los años 50 a los 70 fueron seguidos por la “década perdida” de los 80, con la guerra en El Salvador y la crisis de la deuda en toda la región, luego el consenso de Washington y el neoliberalismo de los años 90 que, en nuestro caso, continuó durante la primera década de este siglo. Desde la crisis de los años 80 se han alternado períodos de crecimiento y de estancamiento, con resultados netos poco significativos en la mayor parte de esta región.

No obstante algunos logros económicos alcanzados, la realidad en América Latina ha dejado sin resolver un problema central: la pobreza extrema de grandes segmentos de la población, asociada a la peor distribución del ingreso de todas las regiones del mundo. En efecto, el perfil distributivo empeoró desde el comienzo de los 80 hasta el presente y sólo recientemente el problema de la pobreza masiva en la región insinúa un leve descenso.

Por otra parte, el hecho más característico de la sociedad contemporánea es que cada vez más depende del conocimiento. No sólo la producción y el uso adecuado de aparatos complejos, como computadoras, celulares y tabletas, herramientas científicas y maquinaria industrial, implican ahora un considerable grado de conocimiento, sino los procesos productivos de casi todo lo que consumimos y empleamos día a día. Con el advenimiento de las biotecnologías y la próxima “era genética” del siglo XXI, la química fina, la robótica, las nano tecnologías, los nuevos materiales y tantas otras tecnologías revolucionarias, esta tendencia se agudizará sin duda en el futuro; la capacidad de generar y usar conocimiento será considerada crecientemente como el recurso más importante de las naciones y el aspecto más determinante de su productividad. El problema del desarrollo económico será cada vez más un problema de dominio del conocimiento en expansión y de crecimiento de las capacidades de la población para emplearlo eficazmente, que ya se han convertido en un factor aún más dinamizador que la misma acumulación de capital.

Lamentablemente, nuestros países son muy débiles en este campo de la capacidad para trabajar con el conocimiento y para utilizarlo agregando valor a nuestra producción. En el mundo que se avecina, la única forma en que podremos aumentar sostenidamente la productividad, cerrar las brechas sociales, mantener tasas altas de crecimiento, generar nuevos empleos mejor remunerados y ser competitivos a escala mundial, es afrontando en serio el tema del conocimiento, tan asociado a la educación superior.

**Equidad y conocimiento** son así las dos grandes asignaturas pendientes de nuestra región que las universidades no pueden dejar de afrontar.

## ***II.2 Afianzar la identidad cultural en un mundo globalizado***

Otro gran desafío a las universidades de la región procede de la necesidad de afianzar la propia identidad cultural en un mundo globalizado. Cuando el primer rector (Vice Chancelor) de la Universidad de West Indies (UWI), Arthur Lewis, fue confrontado con cálculos económicos que parecían indicar que resultaba más barato enviar a los estudiantes del Caribe de habla inglesa a otros países que mantener la UWI, él observó que los cálculos no incluían, ni podían incluir, la pérdida de identidad cultural y de posibilidades de desarrollo autónomo que implicaría para esa región no contar con una universidad, y que esa pérdida sería mucho más importante para los países que lo considerado por cualquier cálculo cuantitativo. Esto lo sostuvo con toda seriedad este ganador del premio Nobel de Economía, quien también ganó la confrontación política con quienes no apreciaban la plena significación de la labor universitaria.

En efecto, las universidades, a través de sus actividades de preservación, difusión y creación de la cultura, su conceptualización de fenómenos y valores, su creación de discursos, modos de pensamiento y entornos intelectuales, impactan profunda y continuamente la conciencia colectiva, tanto como la concepción y valoración de sí mismas de las respectivas sociedades.

La dimensión cultural de las universidades tiene mucha importancia en un mundo globalizado que, a través de otras influencias, tiende a la masificación mimetizante de la expresión cultural y la correspondiente pérdida de identidad de los conglomerados humanos. La rica pluralidad de la globalización sólo se puede realizar desde la especificidad del sentido de cada grupo que la integra, y este sentido sólo lo otorgan aquellas cosas que valora cada colectividad y las propias manifestaciones de su vida; es decir, la propia cultura. La tensión entre globalización y particularización, tan importante en el mundo del futuro, sólo puede ser creadora y pacífica a través de la compatibilización de diferentes expresiones culturales, a las que la educación superior tiene tanto que aportar.

## ***II.3 Transformar cualitativamente el sistema educativo***

En un aspecto relacionado, pero distinto al de la afirmación cultural, las universidades deberán contribuir grandemente a la transformación de todo el sistema educativo en los respectivos países. En nuestra región se ha venido produciendo un consenso cada vez más generalizado de que la educación es, simultáneamente, crucial para el crecimiento económico, clave para mejorar la equidad social y necesaria para la participación de los ciudadanos en la vida política de todos los países. Sin embargo, persisten todavía problemas de baja cobertura en muchas zonas y, sobretodo, un grave problema de baja calidad de la educación, que es tanto peor cuanto más pobres son los que la reciben. Esto es, obviamente, una gran inequidad que debe corregirse lo más pronto posible. Estoy persuadido de que el punto focal de una reforma educativa en la región debería ser la elevación significativa y generalizada de la calidad en todos los niveles y para todas las

personas, porque allí está ahora su principal problema y en esa dirección se irán articulando las necesidades y demandas de la sociedad.

Si resulta tan importante ¿Qué se entiende por calidad de la educación?. La calidad es un concepto multidimensional que se refiere tanto al producto de la educación, como a los recursos y procesos que lo producen; tanto al nivel absoluto de sus resultados como a los incrementos generados en la misma; tanto a elementos cognoscitivos como éticos del aprendizaje. Un aspecto fundamental de la calidad es el avance del conocimiento de los educandos, incluyendo en el aprendizaje no sólo la comprensión de los fenómenos sino la dimensión práxica del saber, es decir, saber hacer, o destrezas de todo tipo derivadas de la aplicación del conocimiento. También es esencial a la educación de buena calidad la transmisión de valores socialmente consensuados, como pueden ser los valores asociados a la responsabilidad individual, el respeto a los derechos humanos, la solidaridad, la aceptación de la diversidad humana y la protección del ambiente, entre otros.

A la transformación cualitativa del sistema educativo pueden y deberían contribuir mucho las instituciones de educación superior, con maestros bien preparados, con modelos didácticos eficaces, con diseños y revisiones pertinentes de los currícula, con textos y otros materiales educativos de buena calidad, con investigaciones que iluminen los problemas e imaginación creadora para hallarles solución, con entornos intelectuales serios y estimulantes, y tantas cosas más que sólo pueden venir de una educación superior que sea, ella misma, también de alta calidad.

#### ***II.4 Prolongar la educación durante toda la vida***

Si uno observa las tendencias de mediano y largo plazo, como debe hacerse cuando se trata de los sistemas educativos, es evidente que el desarrollo contemporáneo continuamente hace obsoletas las anteriores formas de trabajar, exige adaptarse a nuevas técnicas y valora la capacidad de aprender muy por encima de las destrezas específicas para el manejo de determinadas máquinas, especialmente las destrezas manuales que pueden ser sustituidas por nuevas máquinas.

Lo anterior enfatiza la necesidad de la educación continua, o bien, si se prefiere, la conveniencia de un sistema iterativo de formación y capacitación para toda la vida, como el propuesto por el conocido Informe Delors. Lo más interesante de esta y otras posibilidades alternativas es que romperían con la idea de que hay un tiempo adecuado para estudiar, otro para trabajar y otro para esperar la muerte; y sustituirían esas secuencias por una sola vida de estudio y trabajo continuamente alternados. Sin duda que ello es también más cercano a las exigencias de continua actualización profesional que hace ahora el mundo del trabajo. Aportar constructivamente a tal sistema del futuro es uno de los grandes retos de la educación superior en el siglo XXI en todo el mundo.

#### ***II.5 Emplear eficazmente los nuevos medios tecnológicos en la educación***

Las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones ofrecen un potencial enorme, todavía no realizado, de transformación beneficiosa de los sistemas educativos. Dice un proverbio africano que “hace falta toda una aldea para educar a un niño”. En

esencia, la promesa de las nuevas tecnologías es la de ampliar vastamente las fronteras de esa aldea; es decir, romper las barreras de espacio, tiempo, cultura y condición socioeconómica que limitan la educación de cualquier persona, y emplear recursos y experiencias que hasta hace poco eran inaccesibles para el proceso de aprendizaje.

La ampliación del acceso a la información que permite la conexión a Internet, las nuevas formas de interactividad y los nuevos usos de las computadoras y los dispositivos multimediales como recursos didácticos, agregados a los antes disponibles, tienen el potencial de revolucionar completamente las metodologías de la educación, con cada vez más énfasis puesto en el aprendizaje que en la enseñanza, en aprender a aprender que en memorizar contenidos específicos, en los métodos activos y personalizados que en los pasivos y estandarizados, en la búsqueda y uso de la información para resolver problemas que en la transmisión de datos. Todo ello puede cambiar también la concepción y la realidad de lo que significa ser maestro, de transmisor de conocimientos a facilitador del aprendizaje que aprende continuamente él mismo.

### ***II.6 Hacer mucha y buena investigación.***

Otro aspecto fundamental de la tarea universitaria es realizar investigaciones de alta calidad. La investigación y el desarrollo (I&D) no sólo es lo que produce nuevos conocimientos, bienes y técnicas, sino también contribuye a la formación de profesionales creativos. Los estudiantes de ahora deberán desempeñarse en un contexto caracterizado por la rápida evolución de todas las disciplinas, así como la creciente interdependencia y fertilización cruzada de las mismas y la necesidad de enfrentar y resolver problemas nuevos que nadie pudo prever en el curso de su formación profesional inicial. Cuando algunos ridiculizan la investigación básica de las universidades en el tercer mundo, malentienden el problema; no se trata fundamentalmente, en esos países, de acrecentar el acervo mundial de conocimientos por el solo hecho de hacerlo, sino de preparar profesionales que sean realmente capaces de resolver los problemas futuros.

La educación superior forma y determina la calidad del recurso fundamental de la I&D y las actividades productivas de alto valor agregado; es decir, los mismos investigadores. Además, genera gran parte del conocimiento básico, acumula masas críticas interdisciplinarias de recursos que, típicamente, son las mayores de un país y puede jugar directamente un papel importante en el desarrollo tecnológico, como por ejemplo lo hicieron los Land Grant Colleges en el sector agrícola de Estados Unidos, y otras universidades en el sector manufacturero de alta tecnología. Todo esto tiene una especial pertinencia para nuestra región, donde algunas universidades poseen de hecho una proporción alta de toda la capacidad de investigación de los respectivos países.

### ***II.7 Vincular a las universidades con el mundo productivo***

La cooperación de las instituciones de educación superior con el sector productivo se está haciendo más importante en todo el mundo y se necesita, en nuestra región, vincular más a las universidades con las empresas, en tareas que van desde la actualización de profesionales, la I&D por contrato y las asesorías técnicas, hasta la gestión conjunta de incubadoras de empresas y parques tecnológicos.

La necesidad de esa colaboración es bastante evidente. La revolución tecnológica basada en la ciencia continuamente genera nuevas ventajas comparativas, deshace las tradicionales y afecta la competitividad de todas las ramas productivas. Dicho de otra forma, la capacidad de competir depende mucho más, ahora, de fortalezas científicas y técnicas que de los recursos naturales, la mano de obra barata o de cualquier otro factor. Por otra parte, muchos de los países de nuestra región, incluyendo el nuestro, han adoptado tratados de libre comercio y modelos de apertura que exigen una inserción eficaz de sus economías en mercados cada vez más globales y competitivos. En tales circunstancias, tanto las exportaciones como las ventas de muchas empresas en los mercados domésticos pueden ser favorecidas por esa cooperación. Es pues importante, como condición de éxito y supervivencia, que las unidades productivas de la región aprendan a utilizar mejor el conocimiento y que las universidades ayuden más a las empresas a enfrentar ese reto.

### ***II.8 Resolver el problema del financiamiento universitario***

El problema del financiamiento universitario, si bien es instrumental, tiene una importancia decisiva para que estas instituciones puedan realizar bien las funciones que les competen en el futuro de nuestras sociedades. Según lo que hemos venido discutiendo es claro que la educación superior tiene aspectos de los llamados bienes públicos. En efecto, nadie puede apropiarse con exclusividad del conocimiento básico, las tecnologías genéricas, el fortalecimiento nacional de capacidades profesionales, la diversificación del acervo de recursos humanos de la economía, la preservación de la identidad cultural y demás tareas colectivas de construcción de un futuro digno para nuestra región.

Por otra parte, los estudios universitarios incrementan de tal forma los ingresos personales de sus beneficiarios directos que muchas veces ello compensa con creces todos los costos de esos estudios. Esto es un beneficio privado, que frecuentemente favorece a personas que ya se encuentran en estratos económicos medios, y a veces altos, de nuestros países. Este carácter mixto, público y privado, de la educación superior conduce a dos grandes principios rectores para su financiamiento, que sólo podemos enunciar aquí sin discutir los detalles de sus fórmulas concretas.

En primer lugar, sólo el Estado puede hacerse cargo de los costos de un bien público en la más ortodoxa de las teorías de la hacienda pública. Por ello, hay que afirmar con claridad que el Estado tiene una responsabilidad ineludible de financiar la educación superior, en cuanto ello es indispensable para asegurar los beneficios a toda la sociedad que este nivel de la educación puede y debe producir. Naturalmente, las finanzas públicas tienen límites y hay muchas otras necesidades públicas insatisfechas. Pero las continuas sugerencias o insinuaciones neoliberales de que el Estado debería reducir o eliminar su financiamiento de la educación superior justamente suscita una firme oposición en los sectores universitarios latinoamericanos, porque se origina en una incomprensión desvalorizante de lo que las universidades pueden aportar a la sociedad, los costos reales de ello, y la importancia para nuestros países de que lo hagan bien.

Dicho lo anterior, es necesario sostener también que no sólo el Estado tiene responsabilidades en esta materia. Las universidades deben emplear con la mayor honestidad y eficiencia los recursos públicos que reciban, rendir cuentas estrictas de ello y diversificar todo lo posible sus propias finanzas, incorporando pagos razonables de los beneficiarios directos por los beneficios privados que ellos obtienen, incluyendo el uso del crédito educativo y cuotas diferenciadas para hacer esos pagos.

### ***II.9 Contribuir a la integración latinoamericana***

Aunque viejo y trillado, sigue siendo cierto el dicho de que la unión hace la fuerza. Es demostrable, en teoría del comercio internacional, que los espacios económicos amplios no sólo permiten aprovechar economías de escala que no están al acceso de los países muy pequeños y aislados, sino pueden conducir a un grado de especialización, eficiencia productiva y aprovechamiento de complementariedades mayores que los posibles en economías reducidas y cerradas. Estos han sido los argumentos tradicionales a favor de la integración económica latinoamericana, reforzados por el éxito de los esfuerzos integracionistas de otras regiones, particularmente la europea, y la integración a vastos mercados internacionales de los países del sureste de Asia, así como de inmensos países como la India y China.

Es también evidente que el poder negociador para el logro de condiciones favorables en la escena internacional es proporcional a las fuerzas que respalden determinada posición, y que esta consideración se hace cada vez más importante al constituirse en el mundo grandes bloques de poder económico, ante los cuales cualquier país latinoamericano resulta demasiado débil.

Pero más allá de las ventajas económicas, las semejanzas de lengua, religión, costumbres y visiones de la vida, la identificación con un todo que los latinoamericanos sentimos propio y diferente al resto del mundo, las viejas utopías de su historia y la misma unidad geográfica de la región, apuntan todas a constituir una gran patria latinoamericana, cuyo anhelo han expresado siempre los grandes ciudadanos y los poetas visionarios de nuestros respectivos terruños, Bolívar, Morazán y San Martín, Darío, Neruda y Martí, entre tantos.

Hay circunstancias más estructurales que hacen pensar que esta vez sí podría ser posible la fuerza que vendría de la unión de los países latinoamericanos: los intereses más interdependientes de estos países en el mundo globalizado, las tendencias y ejemplos de otras regiones del mundo y el desarrollo del transporte, las comunicaciones y la vida de relación entre los pueblos.

Las universidades pueden y deberían contribuir a la integración de América Latina en el siglo XXI, en una doble vertiente: la de la propia colaboración entre ellas, pragmática y fraternal, tan necesaria para hacer más eficaz su labor científica necesitada de masas críticas significativas, y la integración de sus países, mediante investigaciones que propongan soluciones y faciliten la tarea, la formación de profesionales imbuídos de espíritu integracionista, y el refuerzo de la conciencia colectiva regional que se requiere para hacer realidad esas viejas y truncadas aspiraciones de la historia latinoamericana.

### ***II.10 Cumplir bien las funciones universitarias tradicionales***

Finalmente, deseo referirme a la tradición milenaria que conecta los siglos con el sentido genérico de la labor universitaria. Desde la creación de las primeras universidades en Europa en el siglo XII, estas instituciones han estado haciendo fundamentalmente lo mismo: preservar, generar y transmitir conocimientos y cultura, si bien los contenidos concretos de los mismos han variado inmensamente a través del tiempo. Son instituciones de acervo, en cuanto sirven de depositarias de los saberes y los valores universales, y de las sociedades que les dan vida. Son también fábricas del intelecto, en cuanto producen nuevos saberes, ideas, información, teorías, comprobación de relaciones causales, comprensión de fenómenos, nuevas técnicas y métodos. Son crisol donde se mezclan y se forjan las influencias de su medio y de su tiempo, y son también conducto que transmite contenidos cognitivos y valóricos de una generación a la siguiente.

Mientras estas entidades hagan bien aquello que constituye su misión fundamental - realizar las funciones especializadas del conocimiento y la cultura de una sociedad en su particular contexto histórico - continuarán existiendo indefinidamente, si bien las formas de su actividad y las disciplinas que cultivan continuarán cambiando con el tiempo, y quizás más rápido ahora que nunca, porque la revolución científica y tecnológica también está alterando la misma forma en que se guardan, organizan y transmiten los contenidos con que operan. Nunca, desde la invención de la imprenta, ocurrió esto con tanta envergadura e intensidad.

Todo lo que anteriormente se ha dicho en esta exposición no es sino un intento por especificar tareas propias de esas funciones tradicionales de la universidad, la docencia, la investigación y la extensión, o proyección social, con referencia a los nuevos desafíos del siglo XXI. Se trata realmente de cómo cumplir, ahora, la prescripción de “echar vino nuevo en odres viejas” y asegurar que el producto sea bueno.

Esperemos que esta institución señera proceda en este tercer tercer milenio después de Cristo con la esperanza y la resolución que tuvo en sus años mozos y que responda con excelencia - desde su particular inspiración cristiana y su apasionada búsqueda de justicia y realización humana a través del cambio social - a los desafíos de un nuevo tiempo, que estará cada vez más signado con algo tan específicamente universitario como es el conocimiento, en un mundo globalizado que estará también necesitado de la autoafirmación cultural de los pueblos que lo componen.